

MAX HASTINGS

GUERREROS

RETRATOS DESDE EL CAMPO DE BATALLA





«Sensacional e iluminadora colección de vidas de extraordinarios soldados contadas con sus luces y muchas sombras por un maestro de la historia militar. Un placer y una revelación cada una de sus páginas. Imprescindible. ¡Tres hurras por Max Hastings!».

Jacinto Antón, *El País*

«Hastings combina su consumada habilidad como escritor con pasajes de brillantez descriptiva para proporcionar un libro para cualquier lector. Sus guerreros son una mezcla de improbables supervivientes de combate, con sus hazañas retratadas de manera muy gráfica y con sus defectos de carácter descritos con gran viveza. Capta el compromiso de los hombres y mujeres al servicio del combate que ejecutaron fielmente la política de cada gobierno de la época, con un lenguaje poderoso pero eminentemente comprensible. Es un libro escrito para entretener».

Sunday Times

«Un libro maravilloso. Irónico, perspicaz y atractivo, deja al descubierto la curiosa mezcla de rasgos del carácter, buenos y malos, que un guerrero de éxito requiere».

Sunday Telegraph

«Hastings ha destilado más de cuarenta años de estudio y observación personal en quince ilustrativos retratos. Es un “relato entretenido más que académico”; el objetivo es “tanto divertir como informar” y, como siempre, Hastings logra ambas cosas».

The Guardian



GUERREROS

DESPERTA FEI



EDICIONES

MAX HASTINGS

GUERREROS

RETRATOS DESDE EL CAMPO DE BATALLA

DESPERTA

EDICIONES



Guerreros
Hastings, Max
Guerreros / Hastings, Max [traducción de Antonio Carrasco Álvarez].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2020 – 432 p. ; 23,5 cm – (Otros títulos) – 1.ª ed.
D.L.: M-9020-2020
ISBN: 978-84-121053-3-9
94 355.48
929 (092)

GUERREROS

Retratos desde el campo de batalla

Max Hastings

Título original:

Warriors. Portraits from the battlefield

All rights reserved

Todos los derechos reservados

© 2005, Max Hastings

ISBN: 978-0-00-719885-6

© de esta edición:

Guerreros

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-121053-3-9

D.L.: M-9020-2020

Traducción: Antonio Carrasco Álvarez

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro y Antonio Muñoz Lorente

Revisión técnica: Javier Gómez Valero

Todas las imágenes son de dominio público

Primera edición: octubre 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

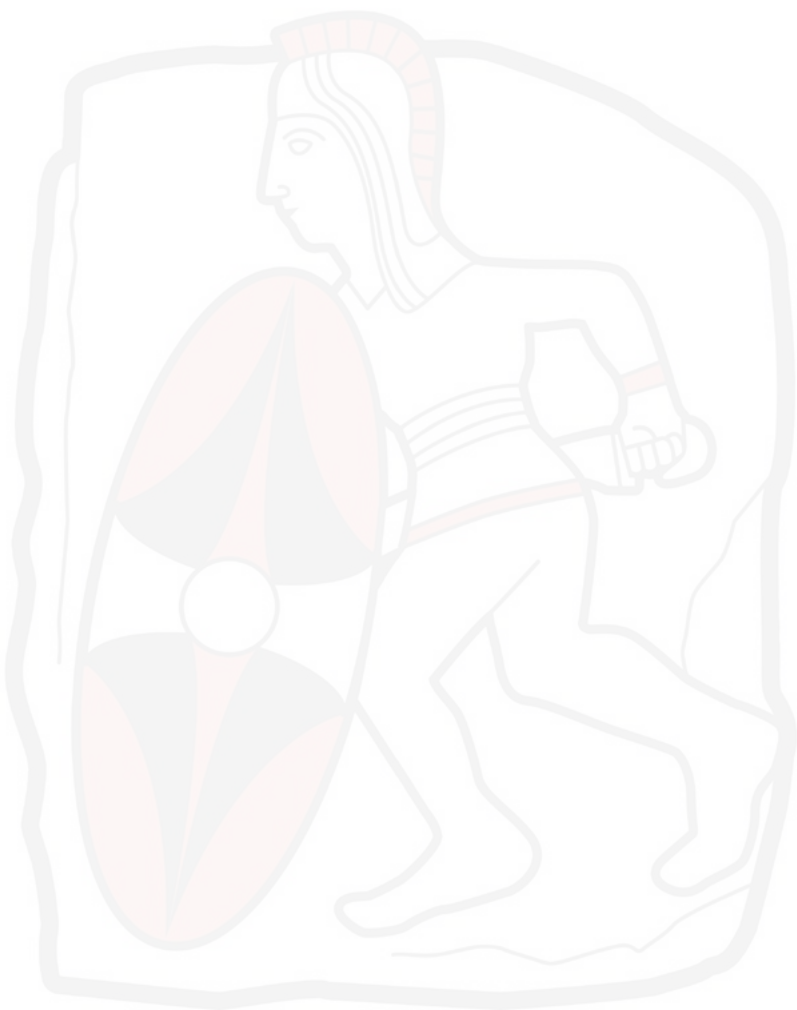
Todos los derechos reservados © 2020 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para el profesor *sir* Michael Howard, CH., MC.,*
guerrero ocasional, maestro perenne.
Con cariño y admiración, como siempre.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

* Abreviaturas de Order of the Companions of Honour (Orden de los Compañeros de Honor) y Military Cross (Cruz Militar), respectivamente.

Índice

	Introducción	XI
1	El fervoroso prosélito de Bonaparte	1
2	Harry y Juana	17
3	Maestro de armas	45
4	El ingeniero perezoso	71
5	El coronel Fred	95
6	El hidalgo de los mares	129
7	El soldado más raso	155
8	El cazador	179
9	Una odisea india	203
10	El «Dam Buster»	229
11	Un héroe de Hollywood	251
12	«Slim Jim»	277
13	El ratón blanco	301
14	El joven apóstol de la libertad	327
15	Épica en el Golán	359
	Epílogo	385
	Fuentes y referencias bibliográficas	391
	Índice analítico	395

Introducción

Esta es una obra de la vieja escuela o, como poco, un libro que trata de la guerra en un estilo que está pasado de moda, porque su objeto de estudio son las personas en vez de las «plataformas de armamento», ese horrible neologismo que se usa como sinónimo de carros de combate, navíos y aviones. Pone el foco en las experiencias de algunos individuos notables que dejaron su impronta en los conflictos de los últimos doscientos años. Es probable que los modernos señores de la guerra, como el exsecretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld, no lo encontrasen interesante, ya que está centrada en aquellos aspectos de la experiencia bélica que les son ajenos, esto es, en personas de carne y hueso en vez de en máquinas hechas de cables y metal. En la vida civil, las personas con una cierta afinidad por la violencia resultan incómodas en el mejor de los casos y, en el peor, amenazadoras. En tiempos de paz, los guerreros están mal vistos en las sociedades democráticas, como solía recordar Kipling; a Nelson le gustaba citar el epigrama del poeta y panfletista del siglo XVII, Thomas Jordan:

*Our God and sailor we adore,
In time of danger, not before;
The danger past, both are alike requited,
God is forgotten, and the sailor slighted.*

[Adoramos a nuestro Dios y al marino,
solo en tiempos de peligro,
pero cuando aquel ya ha pasado
de Dios nos olvidamos, y al marinero ignoramos].

Ahora bien, todos los países tienen la necesidad de que haya guerreros que defiendan sus intereses nacionales, que sirvan para aplicar la violencia de forma controlada conforme a unas reglas preestablecidas. En tiempo de guerra, los militares pasan de pronto a ser valorados y se convierten en celebridades —o, al menos, así fue hasta hace relativamente poco tiempo—. Apenas un puñado de los que entran en combate se convierte en héroes, mientras que la mayoría descubre, incluso aquellos que se han presentado voluntarios para el servicio, que al verse en peligro de muerte prefieren optar por comportamientos que optimicen sus posibilidades de sobrevivir en vez de por los que les harían ganar una medalla. Esto no significa que sean cobardes y, de hecho, la mayoría cumplen escrupulosamente con su deber. Sin embargo, son reticentes a dar un paso al frente, a hacer ese esfuerzo extraordinario que sí se puede observar en los soldados que ganan las guerras para sus países. Una de mis historias favoritas de la Segunda Guerra Mundial es la de Stan Hollis, sargento mayor de los Green Howards*. El Día D, el 6 de junio de 1944, y en los combates posteriores, Hollis atacó en tres ocasiones distintas posiciones alemanas que habían detenido el avance de su batallón. Armado con su subfusil Sten y granadas de mano, las asaltó en solitario y mató o hizo prisioneros a los defensores. Años más tarde, el coronel que entonces mandaba el batallón me contó acerca del sargento mayor, que milagrosamente había sobrevivido para recibir su Cruz Victoria y regentar un *pub* en Yorkshire hasta su jubilación: «Creo que Hollis era el único hombre entre todos aquellos que conocí en 1939-1945 que pensaba que ganar la guerra era su responsabilidad personal. Todos los demás, cuando sabían que se estaba preparando alguna puñetera misión, solían mascullar: “Por favor, Dios, ¡que sea a otro pobre pringado a quien le toque!”».

Todo ejército, para triunfar en el campo de batalla, necesita que existan unos cuantos sargentos mayores Hollis, individuos capaces de mostrar coraje, iniciativa o liderazgo más allá de lo normal. Pero ¿qué es lo normal? Es un concepto que ha ido evolucionando a lo largo de la

* N. del E.: El nombre con el que se conoce al Regimiento de Yorkshire. Este apelativo procede del siglo XVIII, cuando dos de los coroneles del regimiento ostentaban el apellido Howard (The Two Howards) y los soldados vestían guerreras de color verde.

historia y de forma especialmente radical a partir de la segunda mitad del siglo XX con el triunfo de lo que hemos dado en llamar «civilización». Sin embargo, eso no significa que las sociedades actuales sean más benévolas hacia sus oponentes que las del pasado, sino más bien lo contrario, pues emplean armas cada vez más devastadoras para aniquilarlos. En contrapartida, los soldados occidentales demuestran una reticencia cada vez más acusada a la hora de asumir riesgos o sobrellevar penalidades, en consonancia con las costumbres dominantes en sus sociedades. Mientras que un soldado griego o romano combatía cuerpo a cuerpo durante horas, con armas blancas, saizando carne, huesos y órganos, hoy las armas de fuego modernas son capaces de infligir heridas igual de terribles que aquellas, pero el acto es mucho menos íntimo. «¿Qué significa entrar en combate? –se preguntaba el piloto de la Primera Guerra Mundial, V. M. Yeates–. No hay rabia, ni sed de sangre, ni esfuerzo, ni te quedas agotado y sin aliento; solo un suave movimiento con las palancas [de mando] y el tableteo de las ametralladoras». Esta falta de esfuerzo físico en el acto de matar, cuya novedad apuntaba Yeates en 1918, es cada vez más notoria entre los combatientes de las democracias occidentales y, hoy por hoy es, de hecho, prácticamente universal, excepto entre algunas unidades de infantería. Antiguamente, el guerrero creía que su vocación militar era algo noble, en parte porque aceptaba que matar conllevaba la posibilidad de morir, aunque tampoco hace falta exagerar la caballeriosidad, ya que, en última instancia, a lo que cualquiera de ellos aspiraba era a eliminar al enemigo mientras que él salía con vida. Pero, al mismo tiempo, el hecho de aceptar que podías morir –o que tu bando podía sufrir elevadas bajas– era algo que se daba por sentado, algo que hoy no sucede. Las operaciones de baja intensidad características de las contrainsurgencias modernas todavía pueden provocar pérdidas dolorosas para un ejército occidental, pero la realidad es que cuando los planes siguen el curso previsto, en grandes operaciones convencionales como las invasiones de Irak o Afganistán o la campaña de bombardeos en Kosovo, los objetivos se consiguen sin que las potencias tecnológicamente dominantes sufran bajas significativas. El bando perdedor sí que tiene que soportar un gran número de muertos y heridos, pero mientras que las bajas que sufren los ejércitos occidentales sí que provocan intervenciones de la oposición en los parlamentos, las de los vencidos pasan desapercibidas para la opinión pública. Hemos vuelto al modelo de conflicto colonial decimonónico: «Nosotros tenemos la ametralladora Maxim; ellos, no»; o, en el contexto del siglo XX: «Nosotros tenemos chalecos antibalas capaces de detener un disparo y tanques que son invulnerables a armas obsoletas».

En la época napoleónica se esperaba que un soldado fuera capaz de aguantar a pie firme las descargas de fusilería del enemigo a una distancia de entre veinte y treinta metros, por lo general sin protegerse con parapetos o trincheras, mientras permanecía impávido en formación y disparaba y recargaba su mosquete. Las tácticas pensadas para minimizar el riesgo físico de los soldados eran poco habituales. De hecho, no estaban exentas de polémica cuando se utilizaban, como sucedió, por ejemplo, con las discusiones que provocó que Wellington ordenase a su infantería que se tumbase cuerpo a tierra con el fin de reducir el impacto del bombardeo francés en Waterloo. Es necesario entender que, en la época, aquellos que querían conservar su reputación de valentía entre sus pares estaban obligados a aceptar riesgos que los soldados actuales considerarían intolerables. Muchos veteranos de las contiendas de Napoleón tuvieron que demostrar su determinación a la hora de encarar los terrores del campo de batalla en docenas de enfrentamientos a lo largo de casi veinte años de guerras incesantes, para demostrar su valentía ante sus iguales. Por su parte, los soldados de la Guerra de Secesión estadounidense tuvieron que hacer frente, al igual que lo habían hecho los soldados de Napoleón o Wellington, a masivos intercambios de disparos, pero con la particularidad de que los avances tecnológicos en las armas utilizadas hicieron que batallas como Gettysburg o la campaña del Wilderness fueran ordalías incluso más terribles que las experimentadas por los soldados europeos cincuenta años antes. Aunque el enfrentamiento entre los estados americanos duró menos que los conflictos europeos de principios del siglo XIX, se cobró una tasa de víctimas superior a la de cualquier conflicto de la historia de Estados Unidos, si bien es verdad que muchas bajas lo fueron por enfermedad.

El final del siglo XIX marcó la desaparición de la ética guerrera dominante desde el principio de la historia, y que veía la guerra como una actividad propia de las élites, a la vez que una oportunidad de empleo para las clases menos favorecidas. Winston Churchill, por entonces un joven corresponsal de guerra, fue quien mejor supo describir el final de la época del caballero aventurero, en uno de sus típicamente ampulosos despachos enviado desde el cuartel general de Bullers en Sudáfrica, en febrero de 1900:

El soldado, se conforma con poco, duerme profundamente y se levanta con la estrella del amanecer; se despierta eufórico de cuerpo y de alma, sin gran esfuerzo y sin bostezar apenas. No hay momento del día más perfecto que este, cuan-

do encendemos el fuego y, mientras esperamos que la tetera empiece a hervir, vemos cómo las oscuras sombras de las colinas empiezan a tomar forma, definición y finalmente color, sabiendo que ha comenzado un día completamente nuevo, lleno de oportunidades y aventuras y libre de toda inquietud. Todas las preocupaciones desaparecen. Porque, ¿quién puede estar preocupado por las vanidades cotidianas cuando puede morir antes de que caiga la noche? El que ayer estaba entre nosotros –mirad, una solitaria taza de café en el rancho– hoy se ha ido para siempre. Y mañana puede pasarnos a nosotros. ¿Qué importan los malentendidos y las discusiones? ¿Qué más da si Fulano de Tal es un envidioso y un rencoroso? ¿Qué si hay terribles obstáculos que te impiden alcanzar tus metas, o que el barro de lo real manche tus más elevadas fantasías? Aquí la vida misma, la vida en su momento más perfecto y plétórico, espera el capricho de una bala. Ya veremos cómo se nos da el día. Todo lo demás puede esperar, tal vez para siempre. La existencia nunca es tan dulce como cuando está en peligro. La brillante mariposa revolotea a la luz del sol, dice la filosofía de Omar Jayam, pero sin la resaca.

Pocos disfrutaron las contiendas del siglo XX tanto como Churchill había gozado con sus aventuras con, por ejemplo, la Fuerza Expedicionaria de Malakand en la frontera noroeste de la India en 1897. Las guerras mundiales infligieron tales horrores a la humanidad que se volvió inaceptable hasta para el guerrero más entusiasta reconocer la guerra como un simple pasatiempo, aunque los soldados, marinos y pilotos profesionales todavía agradecían las oportunidades de ascenso que ofrecía. Un oficial de carrera que en tiempo de paz podía tardar veinte años en ascender desde teniente a coronel, podía conseguir lo mismo en un par de campañas con un poco de suerte y habilidad. Sin embargo, la mayoría de los participantes eran civiles reacios, reclutados por el ejército para soportar experiencias que les resultaban odiosas, incluso aunque asumían que su deber era soportarlas. Pocos ciudadanos-soldado escribieron a casa desde el norte de África o el Pacífico con el exuberante entusiasmo de Churchill.

La caída más drástica del «coeficiente de valentía» entre los ciudadanos de las democracias occidentales, es decir, su presunta tolerancia a las condiciones propias de un conflicto, tuvo lugar en el periodo de entreguerras. En el enfrentamiento armado de 1914-1918, los comba-

tientes de todas y cada una de las potencias beligerantes tuvieron que aceptar unos sacrificios que les habrían granjeado el respeto y la admiración de los soldados de Napoleón o de Grant. Una generación más tarde, en 1939-1945, los generales angloamericanos se vieron obligados a aceptar que no podían exigir la misma abnegación de sus hombres. La forma en la que se condujeron las campañas, especialmente en el Frente Occidental, reflejaba la preferencia de los aliados por la potencia de fuego más que por el factor humano, una mayor tolerancia hacia la idea de «fatiga de combate» o el «agotamiento de batalla» como patologías médicas reconocidas y una cierta reticencia a continuar operaciones que causaran bajas demasiado numerosas. Si bien algunas unidades de los aliados occidentales padecieron experiencias espantosas en la Segunda Guerra Mundial, solo en los Ejércitos japonés, soviético y alemán se exigía de forma rutinaria a sus soldados que hicieran sacrificios comparables a los padecidos por los contingentes de épocas pasadas. Es interesante señalar que el comportamiento «fanático» entre sus enemigos, que tanto disgustaba a los soldados norteamericanos y británicos de 1939-1945, habría sido considerado normal entre sus propios antepasados: la determinación de cumplir órdenes que eran probablemente suicidas. Patton, Brooke, Alexander, por no mencionar al mismo Winston Churchill y otros oficiales británicos y norteamericanos, se quejaban de que sus hombres no tuvieran la misma capacidad de sacrificio que la generación de sus padres, que soportó el peso de la guerra contra el káiser. Las reglas del juego habían cambiado.

Uno de los tropos comunes a todas las civilizaciones, desde la Antigüedad hasta prácticamente nuestros días, es que hay pocas cosas de la condición humana que sean más admirables que el valor físico, y es que, a lo largo de miles de años, en toda sociedad dominada por códigos de honor guerreros, esta cualidad ha sido más valorada que la inteligencia o el valor moral. En *Las cuatro plumas* (*The Four Feathers*, 1902), la novela de aventuras clásica de A. E. W. Mason ambientada en la década de 1880, se narra la historia de un sensible oficial del Ejército británico que se da de baja en el mismo porque prefiere permanecer en Inglaterra y disfrutar de la tranquila vida campestre en compañía de su adorada prometida, antes que acompañar a su regimiento al Nilo y masacrar derviches. Ella se une a sus compañeros oficiales y le entrega una pluma blanca como símbolo de su «cobardía», de modo que el protagonista se ve obligado a realizar extraordinarios actos de valor con el fin de recuperar su cariño. En cierto modo, siempre me pareció una historia con un mensaje perverso, ya que el héroe termina contrayendo matrimonio

con una criatura tan necia como para preferir que su amado se arriesgara a perder la vida en el campo de batalla antes que aceptar su naturaleza poética y, con ello, demostrar su incapacidad para ser una pareja digna de confianza, más interesada en el valor físico que en la inteligencia. Sin embargo, *Las cuatro plumas* reflejaba con viveza los valores de su época. Una de las consecuencias del exagerado respeto de la humanidad hacia la «valentía» es que algunos individuos extraordinariamente estúpidos hayan alcanzado puestos de responsabilidad tan solo por su predisposición a poner en riesgo su propia vida, mientras que su necesidad ha provocado bajas innecesarias. Napoleón, por ejemplo, ascendió con frecuencia a oficiales valientes, pero poco inteligentes, por encima de sus capacidades, de modo que los ataques frontales contra las líneas enemigas le costaron al Ejército Imperial miles de bajas que podrían haberse evitado. El general *sir* Harold Alexander* era el favorito de Churchill por su valentía, apostura y maneras aristocráticas. «Alex» parecía un guerrero perfecto, de modo que el primer ministro ignoraba su notoria pereza y limitada capacidad intelectual.

En la Guerra de Corea, en 1951, un oficial menos famoso pero también «valiente como un león» según uno de sus camaradas, y que había mandado un batallón en el Frente Occidental en 1944-1945, fue relevado del mando de su brigada cuando sus subordinados presentaron una queja formal ante el general de la división. Este oficial, condecorado con dos DSO (Distinguished Service Order [Orden del Servicio Distinguido]) había ordenado lanzar un asalto frontal contra las posiciones chinas. No era capaz de entender que las reglas de la guerra habían cambiado. Cien años atrás, el escritor estadounidense Ambrose Bierce podía recomendar a los ambiciosos soldados profesionales: «Intenta en todo momento que te maten». Pero, se mire como se mire, la realidad es que aquellos que están emocionalmente dispuestos a seguir un consejo así son unos necios. Mientras que la valentía es una cualidad positiva en un oficial, si no está unida a la inteligencia el resultado suele ser mortal para sus hombres. Uno de los problemas históricos de la caballería británica, incluso durante la Segunda Guerra Mundial, era su obsesión por cargar primero y pensar después. Ningún guerrero debería ser ascendido simplemente porque es valiente. Una condecoración es una recompensa mucho más adecuada para un soldado hábil y motivado y es preferible que continúe en un puesto en el que pueda aprove-

* N. del T.: *Sir* Harold Alexander dirigió la retirada de Birmania hacia la India.

char esas virtudes, que ser ascendido a un rango que le viene grande por el mero hecho de ser más hábil que otros a la hora de matar.

Es difícil exagerar el impacto que las gestas militares han tenido en las sociedades, en especial entre los jóvenes, que son los que están peor preparados intelectualmente para compararlas con otro tipo de virtudes. Cuando leí *Stirring Deeds of the Great War* [Hazañas bélicas de la Gran Guerra], publicado en la década de 1920, yo era un chaval que todavía iba al colegio; ese tipo de historias, que llevaban publicándose desde la época victoriana y que continuaron haciéndolo hasta más o menos la década de 1960, mostraban la guerra como una extensión de los deportes escolares, como una especie de partido final en el que aquellos jóvenes que hicieran gala de la fibra moral necesaria ganarían para su país el trofeo en disputa. Eran libros pensados para motivar a las nuevas generaciones de jóvenes ingleses y estadounidenses a emular las hazañas de sus antepasados. Las ilustraciones de *Stirring Deeds of the Great War* dejaban una huella indeleble entre los más impresionables. Recuerdo una titulada: «La aterradora carrera del teniente Smyth con las bombas», en la que aparecía un joven oficial que cargaba con una caja de granadas mientras atravesaba corriendo la tierra de nadie en medio de una tormenta de fuego y acero, una acción por la que recibió la Cruz Victoria. Era una época en la que la idea que el público tenía del heroísmo estaba centrada en las hazañas bélicas, de modo que, hasta bien entrada la década de 1960, aquellos guerreros que habían demostrado su valor en los campos de batalla en los que los británicos se habían enfrentado contra los alemanes en alguna de las contiendas del siglo XX eran tratados con extraordinario respeto, incluso si estaban en la ruina.

Puede decirse que imaginar la guerra como un deporte era una forma de prostituir el valor de los soldados en pos de una agenda nacionalista de dudosa ética y no cabe duda de que era inmoral. Sin embargo, también es cierto que en los pasados treinta años más o menos, el término «héroe», una de las palabras más hermosas que tiene nuestra lengua, se ha desvirtuado por completo. La admiración que antes sentía el público hacia los guerreros ahora la siente hacia estrellas y celebridades, en muchos casos por logros insignificantes. El heroísmo bélico ocupa un puesto secundario en la escala moral de las sociedades occidentales. El valor marcial ha pasado a ser algo secundario en nuestras sociedades, en parte porque las guerras en las que la existencia misma del Estado estaba amenazada forman parte del pasado, pero también, por desgracia, por culpa de la sospecha y falta de entusiasmo con la que un porcentaje significativo de los ciudadanos occidentales del siglo XXI

observa cualquier tipo de conmemoración de los éxitos militares de su país. Nuestra época es, por fortuna, una era pacífica —a pesar de Al Qaeda, nuestros antepasados habrían considerado nuestros tiempos como excepcionalmente privilegiados en lo que a paz se refiere—, en la que la ciudadanía a lo que aspira es a vivir segura. La consecuencia es que la admiración que se siente hacia aquellos a los que les gusta vivir peligrosamente sea menor que épocas pasadas. La mayor parte de los protagonistas de este libro habría considerado una vida sin riesgos como algo incomprensible, afeminado y absurdo; se habría quedado estupefacta al enterarse de que la opinión pública moderna está convencida de que si un gobierno hace su trabajo correctamente hasta en medio de una guerra, las tropas no sufrirán ningún daño.

El que los ciudadanos consideren que el valor no se limita exclusivamente, ni siquiera principalmente, al ámbito militar es un avance histórico, pero no deja de ser descorazonador la aparente incapacidad de los medios de comunicación para diferenciar entre un héroe y alguien que simplemente es víctima de una experiencia aterradora. Cualquier persona razonable sabe que un héroe es un individuo que, de manera consciente, elige arriesgar o incluso sacrificar su vida por un bien superior; sin embargo, la prensa no dudará en describir como «héroe» al piloto que consigue aterrizar con éxito un avión lleno de pasajeros, o a un grupo de personas que tras varias horas atrapadas en un ascensor no muestran síntomas de colapso psicológico cuando por fin son rescatadas. En realidad, por supuesto, estas personas son sencillamente víctimas pasivas de una desgracia. Si no se dejan llevar por el pánico es principalmente para salvar sus vidas y, solo como un efecto secundario, las de otros. A un individuo le basta con haber servido en un teatro de operaciones cualquiera, incluso en puestos que no son de combate, o en operaciones en las que la superioridad es tan abrumadora como la de los aliados en Irak en 2003, para que los medios de comunicación añadan la coletilla «héroe de guerra» a cualquier noticia relacionada con él, tanto si es la de un divorcio, un accidente de tráfico o un obituario. Esto es una aberración. La palabra «héroe» debería estar igual de protegida que lo está cualquier especie en peligro de extinción.

Es más frecuente encontrar casos de valor físico que espiritual, ya que no es habitual que el coraje moral sea apreciado en su justa medida, aunque es algo más habitual entre las mujeres que entre los hombres. Los jóvenes son más propensos a afrontar conductas de riesgo; es más, a lo largo de la historia estos comportamientos han sido reforzados por la práctica de deportes «de riesgo», con la intención tácita o explícita

ta de prepararlos para la guerra. La caza del zorro, por ejemplo, que exigía una gran bravura por parte del «empujador»,* articuló el *ethos* del ejército de Wellington mucho más que el campo de deporte de Eton.** Jóvenes como Harry Smith, de la Brigada de Rifles, se unieron al Ejército británico en la península ibérica después de haber probado su valentía saltando centenares de vallas a lo largo y ancho de Inglaterra, lo que tal vez no hacía de él un oficial mejor o más inteligente, pero sí que le preparaba para prestar el tipo de servicio heroico que se exigía a los subalternos en el contingente de Wellington. No es casualidad que hoy, cuando ya no tenemos que hacer frente a enemigos externos en el campo de batalla, los socialistas ingleses hayan emprendido una vengativa cruzada contra la caza del zorro en Inglaterra. El deporte es reflejo de una cultura que desprecian, ya que las virtudes que ha promovido la caza les parecen superfluas a la par que salvajes.

El guerrero más digno de encomio es aquel que prueba su temple cuando está solo, sin contar con el apoyo de sus camaradas. El irónico relato de C. S. Forester de 1929, titulado *Brown on Resolution* (*Brown en Resolution*),*** cuenta la historia de un marinero británico durante la Primera Guerra Mundial que se convierte en el único superviviente que no está herido cuando su buque es hundido por un corsario alemán en el Pacífico. Cuando el navío alemán ancla en Resolution, una isla volcánica deshabitada, para hacer reparaciones, Brown consigue robar un fusil y escapar. El estoico protagonista, que ha sido educado en la idea de que uno debe cumplir con su deber sin importar las circunstancias, sabe que la consecuencia inevitable de sus acciones es la muerte, pero acepta su destino sin dudar. Al hostigar al navío alemán desde la costa, el solitario marinero consigue retrasar su partida el tiempo suficiente como para que un escuadrón británico lo intercepte y lo hunda con

* N. del T.: *Thruster* en el original. Se refiere al individuo que en las cacerías de zorros galopaba al frente de la reala de perros, por delante de los demás jinetes y que, por tanto, no conocía los peligros que podía encontrar al saltar una valla. Era una posición de gran riesgo y honor, aunque no siempre apreciada por los demás jinetes, que veían a los *thruster* como una amenaza.

** N. del E.: Hace referencia a una célebre frase de Wellington: «La batalla de Waterloo se ganó en los campos de juegos de Eton».

*** N. del T.: Juego de palabras en inglés. *Resolution* actúa tanto como nombre propio de la isla, como una reflexión acerca de la disposición (*resolution*) del individuo para cumplir con su deber incluso sin obtener reconocimiento público. C. S. Forester fue un novelista inglés más conocido por su saga de aventuras navales del capitán Hornblower, ambientada en la Guerra de Independencia americana y las Guerras Napoleónicas.

toda su dotación, mientras que el propio Brown cae herido de muerte y expira totalmente solo en el islote desierto. El elemento clave del relato de Forester, en lo que a nosotros nos atañe, es que nadie llega a conocer la hazaña de Brown ni lo que consiguió con su solitario sacrificio. La moraleja de la historia para cualquier guerrero digno de ese nombre es que la forma más perfecta de valor es aquella en la que un individuo entrega su vida por los demás sin esperar ninguna recompensa ni reconocimiento. A lo largo de la historia, seguramente se han dado muchos casos similares, que desconocemos por su propia naturaleza.

Otros muchos actos heroicos, sin embargo, fueron producto de una intención consciente de obtener ascensos o recompensas, entre ellos algunos de los que podremos leer en este libro. Los soldados normales suelen ver con recelo y antipatía a los aspirantes a héroe, a los guerreros entusiastas, a los «cazadores de chapas»* junto a los que se ven obligados a servir y, de hecho, las tropas suelen mostrar bastante hostilidad hacia los oficiales que consideran demasiado agresivos: «Me parece perfecto que quiera ganar una Cruz Victoria o una Medalla de Honor del Congreso —mascullan—, pero ¿qué pasa con nosotros?». Los mandos más respetados son aquellos que están dispuestos a cumplir con su deber, pero que a la vez se muestran decididos a hacer todo lo posible para que la mayoría de sus hombres vuelva a casa con vida, mientras que esos otros oficiales a los que parecen no importar las bajas son despreciados. Durante la Guerra de las Malvinas, por ejemplo, el coronel más popular entre sus hombres no fue el que acaparó los focos de la atención pública por sus hazañas, sino un oficial que, gracias a una meticulosa planificación y el uso de maniobras de distracción, seguidas por un audaz ataque de flanco, consiguió cumplir la misión sin apenas bajas.

Es habitual que los guerreros más célebres sean detestados por sus camaradas. Recuerdo que crecí idolatrando a Guy Gibson, quien como jefe de ala capitaneó el ataque de la RAF contra las presas del Ruhr en 1943; sin embargo, mientras investigaba la ofensiva de bombardeos contra Alemania para otro libro, descubrí con asombro lo mucho que le odiaban algunos de sus subordinados: «Era un pequeño capullo que disfrutaba apareciendo de repente desde detrás de una tienda de campaña y pegándote una bronca por tener los botones desabrochados», contaba en 1978 uno de los artilleros, sin que los treinta y cinco años que habían pasado desde entonces hubieran disminuido ni un ápice su ira. No cabe duda de que la valentía demostrada por el teniente coronel

* N. del T.: En sentido figurado, cazadores de medallas.

Herbert Jones al frente del 2.º Batallón del Regimiento Paracaidista en la batalla de Goose Green, en las Malvinas, en mayo de 1982, se mereció la Cruz Victoria que le fue concedida a título póstumo, pero más de un compañero suyo en el Ejército británico consideró que el que se pusiera personalmente al frente del asalto contra las posiciones argentinas era la antítesis del papel que debía ejercer un jefe de batallón, así como la mejor prueba de que había perdido el control de la batalla. «H» Jones era un hombre apasionado, con la cabeza llena de fantasías de las acciones heroicas que aspiraba protagonizar, pero la realidad es que la mayoría de los hombres prefieren que quienes los dirijan contra el enemigo sean individuos más fríos y prudentes.

Es posible que un cínico llegara a la conclusión de que ese tipo de guerrero tan excitable es en realidad un tipo extremo de exhibicionista, y probablemente acertaría. Eso no significa que no sean dignos de admiración, pero sí que nos permite contextualizar el aparente altruismo de sus motivaciones. El famoso escritor y aventurero Peter Fleming escribió: «La aventura siempre ha sido un asunto egoísta [...] El deseo de beneficiar a la comunidad nunca es la motivación principal [del aventurero]. Lo hacen porque quieren. Encaja con ellos; es su rollo». Lo mismo puede decirse de los guerreros más impetuosos. En una ocasión me contaron una historia de un valiente oficial que había realizado un acto de extremo heroísmo durante un combate en el norte de África en la Segunda Guerra Mundial; el propio oficial se la había contado a su pariente y, aunque le dejaba en un mal lugar, era lo bastante crítico consigo mismo como para no intentar ocultarlo. El caso es que después de la batalla el joven oficial se había dado cuenta de que varios compañeros suyos habían sido propuestos para recibir la Cruz Militar, mientras que al parecer él había sido pasado por alto, de modo que fue a quejarse a su coronel; aquel no le dijo al joven teniente que en realidad había sido propuesto para la Cruz Victoria, que le fue concedida poco tiempo después. Esta anécdota pone en evidencia el hecho de que, en algunos casos, el heroísmo no es espontáneo, sino una búsqueda deliberada de reconocimiento público.

Todo ejército necesita un *ethos* que promueva este tipo de ambiciones, ya que la causa de la patria solo podrá prosperar en aquellos ejércitos en los que exista al menos un puñado de hombres que posean un excepcional sentido del deber —como era el caso del sargento mayor Hollis— o que sean extravagantemente adictos a la fama —el caso que mencionaba arriba del oficial que fue condecorado con la Cruz Victoria—. Esta minoría de guerreros natos tiene que estar siempre presente para compensar a la mayoría de los soldados, que están más preocupa-

dos por salvar sus vidas aunque eso ponga en peligro la victoria de sus fuerzas. Macaulay hacía que su Horacio se preguntara:

*How can man die better
Than facing fearful odds,
For the ashes of his fathers
And the temples of his gods?*

[¿Qué manera hay de morir mejor que enfrentándose al destino por las cenizas de sus padres y los templos de sus dioses?].

Los mandos en los ejércitos occidentales han comprobado con preocupación que un número bastante escaso de hombres comparte una visión tan entusiasta. No dejan de ser un tanto hipócritas las críticas contra la actitud «fanática» o «suicida» de los soldados japoneses o alemanes durante la guerra, o incluso más recientemente hacia los terroristas suicidas que son frecuentes en la opinión pública en los países democráticos, cuando la realidad es que la mayoría de las principales condecoraciones, muchas a título póstumo, que conceden los ejércitos occidentales lo son en reconocimiento a hazañas bélicas que es probable que concluyan con la muerte del guerrero que las lleva a cabo. Persuadir a un razonable soldado occidental de que debe arriesgar su vida es una tarea difícil, por lo que es lógico que les resulte tan alarmante a las sociedades democráticas tener que combatir a enemigos capaces de comportamientos mucho más agresivos que los que consideran «lógicos». Esto no significa aprobar el fanatismo, sino simplemente reconocer nuestra doble moral: un terrorista suicida islamista podría argüir que sus acciones habrían recibido un cálido aplauso si las hubiera ejecutado hace sesenta años contra la opresión nazi en Europa. Es frecuente que las citaciones aliadas otorgadas durante alguna de las dos guerras mundiales incluyan la expresión «con completo desprecio de su vida» en tono aprobatorio.

En la actualidad, la fórmula que se emplea para recompensar el mérito militar consiste en entregar una medalla o cruz de metal sin ningún valor intrínseco, pero a las que la sociedad ha convertido en objetos de deseo. Tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, sus más altas condecoraciones —creadas a mediados del siglo XIX— se conceden por actos de valor aislados, por acciones militares que apenas duran unos minutos. Sin embargo, y sorprendentemente, es infrecuen-

te que tales distinciones patrióticas hayan sido otorgadas por muestras de valor constante y prolongado en el tiempo, tal y como se esperaba de forma rutinaria que mostrasen los soldados en épocas pasadas. La primera Cruz Victoria, de hecho, se concedió por una acción que podría ser considerada como simple autoprotección: durante la Guerra de Crimea, un marinero británico lanzó por la borda un proyectil a punto de explotar que había caído en la cubierta de su buque. Por su parte, en la Guerra de Secesión, el Congreso de Estados Unidos estuvo a punto de conceder una Medalla de Honor a todos y cada uno de los hombres de un regimiento, hasta que mentes más serenas hicieron ver lo absurdo de la propuesta y consiguieron frenar la iniciativa.

Un amigo mío que sirvió como oficial de infantería en Italia en la Segunda Guerra Mundial me comentó en una ocasión que, cuando se tienen veinte años, la idea de una «chapa» puede motivar a algunos hombres a realizar esfuerzos extraordinarios. La posibilidad de que se reconozca su valor con una medalla ha empujado a muchos guerreros a dar lo mejor de sí mismos y gracias a ello se han ganado batallas. El viejo refrán es correcto: «Solo el hombre que la ha ganado sabe lo que vale una medalla». Todo veterano sabe que hay una diferencia entre una «buena» Silver Star (Estrella de Plata), DSO o la Croix de Guerre (Cruz de Guerra) –ganadas a base de coraje y liderazgo– y las que «vienen en las cajas de cereales», que frecuentemente no son más que premios entregados a oficiales de carrera con buenos contactos. Nadie duda de la valentía del general George S. Patton, pero no deja de ser chocante la poca vergüenza que demostró en ambas contiendas mundiales a la hora de pedir a sus contactos en puestos de poder que le concedieran medallas... y encima que se las dieran. También recuerdo el rencor con que un veterano de la RAF describía a su jefe de escuadrón* en 1943, al que muchos de sus hombres consideraban un cobarde y que, de hecho, llegó a reconocer en una ocasión sin ningún rubor en la cantina de oficiales: «Soy un piloto profesional. Mi intención es sobrevivir a la guerra». Sobrevivió, tomando toda clase de precauciones para conseguirlo, a pesar de lo cual los mandos de la RAF se preocuparon de que consiguiera su «chapa» antes de transferirlo a otro puesto. Poca gente con la que se cruzase más adelante habría tenido la más remota idea de lo relativamente fácil que habría sido para él ganar su DSO. Las nuevas generaciones, ignorantes de los matices de la cultura guerrera, pueden llegar a creer

* N. del T.: Rango equivalente al de comandante en el Ejército del Aire español.

que simplemente el hecho de haber participado en operaciones militares convierte a un oficial en un «héroe de guerra».

Una de las estupideces más notorias cometidas por el gobierno de John Major fue su «reforma» de las condecoraciones militares de 1994. Históricamente, solo la Cruz Victoria se concedía con independencia de la graduación, mientras que en los demás casos, oficiales y tropa eran recompensados con condecoraciones diferentes. La reforma de Major al crear condecoraciones «no clasistas» no fue más que la decisión de un político populista intentando recuperar su dañada reputación. Su política pasaba por alto algo que sabe todo combatiente y es que las cualidades que se exigen de los oficiales y de la tropa son igualmente importantes, pero diferentes. Muchos soldados británicos que habían sido condecorados con la Distinguished Conduct Medal [Medalla de Conducta Distinguida] o la Military Medal [Medalla Militar], abolidas por las reformas de Major, se sintieron consternados. Hete aquí un político que jamás había vestido un uniforme entrando como un elefante en una cacharrería y destruyendo todo un mecanismo de reconocimiento de méritos militares y, al mismo tiempo, cabreando por completo a los que están «en la línea de frente».

Mientras que muchas condecoraciones se entregan por actos de valor extraordinarios, otras son un cínico intento por parte del alto mando de consolar a un ejército derrotado o de animar a la emulación, al conceder recompensas por actos que, en realidad, son relativamente habituales. Así, por ejemplo, algunos pilotos de bombardero fueron condecorados –varios a título póstumo– por continuar en su puesto y mantener en vuelo sus aviones dañados, aun a riesgo de sus vidas, para que el resto de la dotación pudiera abandonar el aparato. Este era un comportamiento heroico relativamente frecuente, que se premiaba con condecoraciones para incitar a otros pilotos a imitarlo. El reconocimiento oficial de una hazaña es arbitrario, en buena parte porque depende de que haya testigos de confianza, normalmente oficiales, que redacten las citaciones y que hayan sobrevivido a la ordalía. Recordemos lo que pasaba en *Brown en Resolution*. En última instancia, todos los contingentes modernos aplican un burdo sistema de racionamiento a la hora de repartir condecoraciones, de modo que algunas unidades, bien por omisión bien de forma deliberada, son injustamente recompensadas mientras que a otras se las deja de lado, como todo soldado en activo sabe perfectamente. El mariscal del Aire* *sir* Arthur Harris, que era bien conocido por su desprecio hacia marineros y soldados de infan-

* N. del T.: Teniente general del Ejército del Aire, en España.

tería, en una ocasión me recitó con socarronería la extravagante lista de la «chatarra» concedida por la Royal Navy después del sangriento raid contra la base de submarinos alemana en Zeebrugge en 1918 para que los infortunados supervivientes se sintieran mejor. Los mandos creen que es una buena idea convencer a los hombres de que, si bien no se puede ganar siempre, al menos unos pocos han sido lo bastante valientes como para evitar que el honor del grupo quede mancillado.

¿Qué es lo que empuja a algunos hombres a llevar a cabo hazañas extraordinarias? Charles Wilson, el médico personal de Churchill durante su gobierno y que había servido en Francia como médico militar durante la Primera Guerra Mundial, escribió más tarde *The Anatomy of Courage* (1945, *Anatomía del valor*). Wilson, que fue nombrado lord Moran, rechazaba la idea de que el valor es simplemente una cualidad que poseen algunos hombres, pero no todos; asimismo, argumentaba que no es una constante, como un ingreso regular sino más bien como una suerte de capital inicial finito que depende de cada individuo y que tarde o temprano va a agotarse. Parece haber evidencias circunstanciales suficientes que apoyan la tesis de Wilson. En la Segunda Guerra Mundial al principio se creía que las unidades novatas irían transformándose en tropas cada vez más profesionales y eficientes según fueran adquiriendo experiencia en el campo de batalla; más adelante, sin embargo, al menos entre los aliados occidentales, se comprobó que la agresividad y utilidad de una unidad disminuía con el tiempo, ya que no se volvía más aguerrida —un cliché absurdo— sino refractaria al riesgo y se quedaba exhausta. Un veterano de Normandía me contó en una ocasión: «Combates mil veces mejor cuando no sabes dónde duele» o, dicho de otro modo, cuanta menos experiencia militar tiene un soldado novato, más probable es que ejecute acciones que no se le ocurriría realizar a un veterano.

Las historias incluidas en este libro son una reflexión acerca de la naturaleza del liderazgo, el valor, el heroísmo irracional y la ética guerrera. Algunos de los relatos son románticos, otros están marcados por la melancolía y mientras que algunos de nuestros protagonistas consiguieron triunfar en la vida, otros en cambio fracasaron. Me fascina la naturaleza del guerrero, aunque al analizar sus éxitos así como las tragedias que vivieron procuro no hacerme ilusiones acerca de ellos, y es que una actitud escéptica no creo que menoscabe el valor de esos hombres —y de dos mujeres— extraordinarios, si bien pone de manifiesto que tampoco es que me gustase compartir una isla desierta con cualquiera de ellos. En mi historia hay individuos de diferentes nacionalidades, pero la mayoría son anglosajones, que es con quienes me siento cul-

turalmente más identificado. La mayor parte de los sujetos estudiados nunca llegó a mandar un ejército, solo lo consiguieron tres de ellos, y es que esta es una reflexión acerca de la naturaleza del guerrero, no del liderazgo militar.

Al principio, mi intención era incluir en el texto a personajes históricos como Leónidas, Aníbal o Saladino, pero al analizar la evidencia disponible llegué a la conclusión de que era demasiado contradictoria y parcial como para poder realizar un estudio serio de sus personalidades. El distinguido historiador de la Guerra de los Cien Años, Jonathan Sumption, señala que Walter Manny, uno de los principales caballeros del rey Eduardo III, pagó a Froissart para que le hiciera propaganda en sus *Crónicas*. La evidencia histórica de la resistencia de los espartanos en las Termópilas puede resumirse de la siguiente forma: Leónidas quizá existió y es probable que muriera allí en combate. Eso es todo, pero no es suficiente para el tipo de libro que quiero escribir. Así pues, me he centrado en la época moderna, en los siglos XIX y XX, y en aquellos individuos de los que tenemos información suficiente como para poder elaborar una semblanza creíble y, espero, entretenida. La selección es caprichosa, pero fue elaborada para ilustrar diferentes aspectos de la experiencia bélica en tierra, mar y aire a lo largo de los dos siglos precedentes. Algunos de ellos son todavía héroes nacionales, mientras que otros han perdido su lustre y han caído en el olvido, del que espero que este libro ayude a rescatarlos. Algunos pueden parecer antipáticos, mientras que otros fueron unos fracasados. Las personalidades y los destinos de los soldados son tan variados como los de cualquier otro tipo de vocación. En el libro dominan los soldados de infantería, aunque he incluido a un notable marino y a dos pilotos, que pueden ser descritos como el arquetipo del guerrero del siglo XX. Mi recopilación —que es, desde luego, solo un modesto análisis de una veta riquísima— también favorece a aquellos que dejaron memorias, autobiografías, diarios u otros escritos que nos permiten asomarnos a sus procesos mentales además de a sus acciones. La historia está, por tanto, injustamente desequilibrada a favor de los oficiales a costa de la tropa, y hacia aquellos mejor educados sobre los más ignorantes. Los aficionados a la historia naval pueden quejarse con justicia de que los marinos están infrarrepresentados, pero este es un retrato del comportamiento humano más que una narrativa histórica que busque el equilibrio entre las tres dimensiones de la guerra moderna.

Con frecuencia, algunos de los guerreros más notables eran individuos vanidosos o ignorantes, pero eso no quita que sus países no hayan tenido razones para estarles agradecidos por estar dispuestos a dar lo

mejor de sí mismos cuando han necesitado echar mano de sus virtudes, aunque luego puedan haberse sentido molestos por sus excesos. En la actualidad, tendemos a premiar otras formas de valor que son tan merecedoras de respeto como las que muestran los soldados en el campo de batalla, pero eso no debería significar que olvidemos los méritos de nuestros antepasados. El alcalde de Londres ha declarado recientemente que la habilidad militar, sobre todo la mostrada en los conflictos coloniales, no debería ser objeto de admiración, por lo que ha propuesto que se retiren las estatuas de los militares británicos de sus pedestales en Trafalgar Square. ¡Cuánto ha cambiado el Reino Unido! ¡Hasta qué extremo hemos llegado! Tal vez sea cierto que el que las estatuas de dos de los líderes militares menos dignos de admiración, el *earl* Haig y el duque de Cambridge, dominen los accesos a Whitehall es una de esas extrañas ironías de la historia, pero eso no significa que no sea grotesco el querer borrar de la memoria colectiva, en el más desvergonzado espíritu estalinista, una gran tradición militar.

Este libro está pensado para divertir tanto como para enseñar. Espero que los lectores disfruten con sus relatos de valor y picaresca. A pesar de sus limitaciones sociales y sus errores profesionales, el guerrero es alguien dispuesto a arriesgarlo todo en el campo de batalla, y en ocasiones perderlo todo, por motivos a veces egoístas o equivocados, pero normalmente nobles.

Max Hastings
Hungerford, Inglaterra y Il Pinquan, Kenia,
noviembre de 2004

1

El fervoroso prosélito de Bonaparte

Las Guerras Napoleónicas dieron lugar a una rica producción de memorias, tanto británicas como francesas, de extraordinaria calidad. La obra de cada escritor es un fiel reflejo de las características nacionales de su país. No cabe duda de que nadie excepto un francés podría haber escrito las siguientes líneas acerca de su experiencia militar: «Puedo decir, creo, sin presumir, que la naturaleza me ha dotado de una buena dosis de valor; añadiré que hubo una época en la que disfrutaba del peligro, como, pienso, prueban suficientemente mis trece heridas y algunos distinguidos servicios». El barón Marcellin de Marbot fue el modelo en el que se inspiró el personaje literario del *brigadier* Gerard, de *sir* Arthur Conan Doyle: valiente, bravucón, inmune a la introspección y disfrutando sin inhibiciones de la experiencia de combatir al servicio de su emperador, desde Portugal hasta Rusia. Marbot era un guerrero de lo más entusiasta y compartía con otros muchos franceses de su tiempo la certeza de que no había empresa más gloriosa que combatir para Napoleón. Es difícil no respetar el valor de un soldado que con tanta frecuencia se enfrentó al fuego enemigo a lo largo de una carrera de servicio activo que duró más de cuarenta años, pero al mismo tiempo es complicado no sonreír socarronamente ante la vanidad y el patriotismo que impregnan el relato de nuestro buen húsar, rico en anécdotas y en comedia, aunque esta última es a menudo involuntaria.

Jean-Baptiste-Antoine-Marcellin de Marbot nació en 1782, en Beaulieu, en la región de Corrèze, hijo de un hacendado de tendencias políticas liberales que llegaría a ser general en los ejércitos de la Francia revolucionaria. Al pequeño Marcellin se le conocía entre su familia con el apodo «el Gatito», por su cara redonda y su nariz chata. En los comienzos de la Revolución, Marbot fue alumno de una escuela local para chicas. Originalmente, estaba destinado para seguir la carrera naval, pero un amigo de su padre le convenció de que la vida a bordo de un navío de guerra pudriéndose en algún puerto por culpa del bloqueo británico no era una buena opción para un joven con ambiciones, por lo que en 1799 consiguió entrar en un regimiento de húsares. El chaval de diecisiete años estaba encantado, y desde el primer momento presumió de su nuevo uniforme. Sin embargo, a su padre le preocupaba que fuera demasiado tímido y el hecho de que durante algún tiempo solía referirse públicamente a su hijo como «mademoiselle Marcellin» habría hecho las delicias de un psicólogo moderno. En aquella época se esperaba que todo húsar luciera un imponente mostacho como parte de su uniforme de campaña, así que al imberbe adolescente al principio no le quedó otra opción que pintarse los bigotes.

Marbot vio a Napoleón por primera vez cuando acompañó a su padre para que este ocupara un puesto en el ejército francés en Italia. En Lyon, para su sorpresa, se encontraron al héroe de las Pirámides, que se dirigía a París tras haber abandonado a su contingente en Egipto en busca de un trono, empresa que el general Marbot, un republicano convencido, se negó a apoyar. Fue en Italia cuando el joven Marcellin se ganó sus espuelas, al ser asignado a una patrulla de caballería que tenía la misión de capturar prisioneros austriacos. De repente, el sargento al mando dijo que estaba enfermo y regresó al campamento, momento que el joven húsar aprovechó para encabezar la patrulla: «Cuando me puse al frente de los cincuenta hombres que había llegado a mandar de forma tan inusual, siendo solo un simple soldado de diecisiete años, decidí mostrar a mis camaradas que, si bien no tenía demasiada experiencia ni talento militar, al menos no me faltaban agallas. Así que me puse resueltamente a su frente y marché en la dirección en la que sabíamos que se encontraba el enemigo». La patrulla de Marbot sorprendió a un destacamento austriaco, capturó los prisioneros que necesitaban y regresó triunfante a las líneas francesas, donde el autonombado comandante fue recompensado con un ascenso a sargento, seguido poco después por una comisión como oficial. Sobrevivió al terrible asedio de Génova, donde su padre murió en sus brazos tras ser herido en el campo de batalla. Poco después, el joven fue transferido al 25.º Regimiento de

Chasseurs à cheval (Cazadores a caballo) y, en 1801, fue destinado como edecán (ayudante de campo) del ya canoso y heroico mariscal Augereau, a quien acompañó en su primera visita a la península ibérica.

En 1805, ya todo un veterano, Marbot era un impaciente y joven oficial en la *Grande Armée* de Napoleón, ansioso de entrar en combate con los rusos y austriacos. «Tenía tres excelentes caballos –recordaba encantado, para luego añadir un tanto patético– y un sirviente que no estaba mal». Los deberes de los edecanes se contaban entre los más peligrosos de los ejércitos de la época, ya que su misión no solo consistía en comunicar los deseos y órdenes de sus jefes en los campos de batalla, sino también recorrer Europa de un lado a otro, con el riesgo constante de ser herido, muerto o caer hecho prisionero. En el periodo que siguió a su nombramiento, escribe, fue «enviado constantemente de norte a sur, y de sur a norte, allí donde se estaba combatiendo, no transcurrió uno de esos diez años sin que tuviera que entrar en combate, o sin derramar mi sangre en un lugar u otro de Europa». Es interesante destacar que, hasta el siglo XX, todos los guerreros más entusiastas consideraban una marca de hombría el haber sido herido en acción y, si era posible, con frecuencia. Un soldado que no hubiera derramado su sangre no solo no era felicitado por su suerte o habilidad, sino que además podía ser acusado de cobardía.

Marbot empezó la campaña de 1805 llevando despachos del emperador al mariscal Masséna en Italia cruzando los pasos alpinos. Más adelante, volvió a su puesto al lado de Augereau para la que sería la campaña de Austerlitz. «Nunca ha tenido Francia un ejército tan bien entrenado –se regocijaba–, de tan buen material, tan ansioso de fama y pelea [...]. Bonaparte [...] se enfrentaba a la guerra con alegría, tan convencido estaba de su victoria [...]. Sabía que el caballeroso espíritu de los franceses a lo largo de las eras siempre ha sentido entusiasmo por la gloria militar». Raramente ha habido un periodo militar en el que tanto oficiales como soldados lucharan tan ardientemente por la gloria. Si hubo algún joven oficial en el ejército de Napoleón que se limitase a cumplir con su deber, ha pasado desapercibido para la historia. En el mundo de los mariscales franceses y sus subordinados, se producía una lucha incansable por superarse unos a otros a la hora de hacer frente al peligro con la mayor indiferencia. Ese espíritu es admirablemente capturado en la anécdota del encuentro entre Ney y el emperador, después de la batalla de Lützen: «¡Mi querido primo! ¡Pero si estás cubierto de sangre!», exclamó Napoleón alarmado. «No es mía, *sire* –respondió el mariscal afablemente–, ¡excepto donde esa maldita bala me atravesó la pierna!».

El día después de la batalla, Napoleón y un grupo de oficiales, entre los que se encontraba Marbot, que había sobrevivido incólume a la carnicería de Austerlitz, estaban contemplando los cadáveres y los restos de la batalla que salpicaban el hielo roto del lago Satschan cuando, en medio de aquel caos, observaron sobre un témpano de hielo enrojecido por la sangre, a un centenar de metros de la orilla, a un sargento ruso herido en el muslo. El herido, al ver a un grupo tan colorido, se incorporó y gritó en ruso: «¡Después de la batalla todos los hombres son hermanos!». Estaba implorando por su vida al emperador de los franceses. La súplica fue traducida. Napoleón, en un impulso típico de condescendencia imperial, dijo a su séquito que hicieran lo que fuera necesario para salvar al ruso. Unos cuantos hombres se lanzaron al agua helada, agarraron trozos de madera flotantes e intentaron bogar para alcanzar el témpano, pero en apenas unos segundos sus uniformes empezaron a congelarse, impidiéndoles el movimiento, por lo que tuvieron que abandonar sus esfuerzos para rescatar al soldado enemigo y regresar a duras penas a la orilla, para no morir ellos mismos. Marbot, que hasta entonces se había limitado a mirar, comentó en voz alta que el error que habían cometido había sido tirarse al agua vestidos, a lo que Napoleón asintió con la cabeza y declaró secamente que los supuestos rescatadores habían demostrado más celo que inteligencia. Naturalmente, el húsar se sintió obligado a poner en práctica su propio consejo y, saltando de su caballo, se desnudó y entró en el lago. Más adelante confesaría que el impacto del agua helada había sido terrible, «pero la presencia del emperador me animaba, y avancé hacia el sargento ruso. Al mismo tiempo mi ejemplo, y probablemente las alabanzas del emperador hacia mí, motivaron a un teniente de artillería [...] a imitarme». Marbot se quedó consternado al comprobar que su rival le estaba ganando terreno, mientras que él se esforzaba por avanzar en medio de las enormes masas de afilado hielo. Sin embargo, reconociendo que por separado nunca habrían sido capaces de rescatar al ruso, ambos hombres decidieron colaborar. Los dos franceses fueron empujando el témpano con el herido hacia la orilla, abriéndose paso con gran esfuerzo entre el laberinto de hielo que les separaba de esta. Por fin, llegaron lo bastante cerca como para que los espectadores les lanzaran cuerdas a las que agarrarse. Los dos nadadores las atraparon y las pasaron alrededor del herido, que fue arrastrado hasta ponerlo a salvo. Ellos mismos, casi en las últimas, heridos y ensangrentados, se tambalearon hasta la orilla para recibir su premio. Napoleón ordenó a su mameluco Roustam que les llevara un vaso de ron a cada uno. Entregó oro al soldado herido, que resultó ser lituano y que, una vez recuperado, se unió como sargento al

regimiento de lanceros polacos de la Guardia y se convirtió en un devoto servidor del emperador. El compañero de Marbot en la aventura, el teniente de artillería, quedó tan debilitado por la experiencia que después de meses en el hospital tuvo que ser dado de baja como inválido, como Marbot recordaba con pena. El húsar, por supuesto, estaba de nuevo de servicio al día siguiente.

En los años que siguieron Marbot trató con Napoleón con tanta frecuencia como cualquier otro oficial de su graduación. En julio de 1806 llevó despachos a la embajada francesa en Berlín, y regresó a París para informar al emperador de que había visto a oficiales prusianos afilando desafiantes sus espadas en las escaleras de la embajada. «¡Esos insolentes fanfarrones pronto se darán cuenta de que nuestras armas no necesitan que las afilen!», exclamó Napoleón. Podemos suponer que el emperador le veía como su novelesco *alter ego* lo hacía con Gerard en las historias de Conan Doyle: como un extraordinariamente leal, valiente y atolondrado instrumento, con menos malicia que un perro de caza. Marbot mismo cuenta varias historias de cómo fue engañado por traicioneros extranjeros incapaces de comprender la nobleza y dignidad de la guerra. De hecho, su enfado hacia la escasa caballerosidad de ingleses, rusos, austriacos y demás ralea solo era igualado por su desprecio hacia su incompetencia militar. En las raras ocasiones en las que se ve obligado a reconocer que esas razas inferiores han triunfado en el campo de batalla, tales desgracias las atribuye de forma invariable o bien a la abrumadora superioridad numérica del enemigo o bien a la estupidez de algún subordinado francés. Los soldados de Napoleón eran, a ojos de Marbot, ejemplos de coraje y honor. Lo que no cuenta en sus historias, sin embargo, es la senda de destrucción que trazaron a través de la Europa ocupada. Para el valiente oficial, como para muchos de sus camaradas, Napoleón era un dios en vez del despiadado déspota que llevó la muerte y la destrucción a millones de personas. Marcellin tampoco dice nada en sus memorias acerca de su hermano mayor, Antoine-Adolphe, también soldado, que fue arrestado en 1802 por participar en un presunto complot contra el gobierno francés a favor de la instauración de la república.

El disgusto de Marbot por creer que sus hazañas en la batalla de Jena (octubre de 1806) habían sido ignoradas es palpable en sus memorias. Pocos meses después, sin embargo, consiguió su ansiado ascenso a capitán, cuando apenas había cumplido los veinticuatro años. Tenía, por tanto, este rango cuando combatió en la batalla de Eylau en febrero de 1807, en la que vivió una de las anécdotas más extraordinarias de su carrera, casi más propia del barón de Münchhausen que de un oficial francés de caballería. Marbot montaba una yegua llamada Lisette, cuya naturaleza salvaje había

conseguido domar a duras penas. Había disciplinado al animal introduciéndole en la boca a la fuerza huesos calientes de cordero cada vez que la yegua intentaba morderle a él o a su criado. Escarmentada, Lisette había sido una montura ejemplar desde entonces. Durante la terrible batalla de Eylau, en la que el cuerpo de ejército de Augerau quedó prácticamente aniquilado, Napoleón observó que el 14.º Regimiento de Infantería había quedado aislado en una pequeña elevación justo en medio de la ruta de avance ruso, por lo que ordenó a Augerau que intentara salvar a los cada vez menos supervivientes que todavía resistían. Los dos primeros edecanes que partieron al galope para cumplir la misión desaparecieron para siempre en medio del caos. Marbot fue el siguiente. «Viendo dar un paso al frente al hijo de su viejo amigo, y me atrevería a decir que su ayudante de campo favorito, la amable cara del mariscal cambió, y sus ojos se llenaron de lágrimas, porque no podía obviar que me estaba enviando a una muerte segura. Pero el emperador debe ser obedecido». Marbot espoleó a Lisette, que, «más liviana que una golondrina y volando más que corriendo, devoró el espacio, saltando sobre montones de cadáveres de hombres y caballos, zanjas, cureñas rotas de cañones y las hogueras medio extinguidas de los vivaques». Unos cosacos empezaron a perseguirlo, como batidores arreando a una liebre, pero ninguno fue capaz de alcanzar a su veloz corcel. Finalmente, alcanzó el frágil cuadro formado por los supervivientes del 14.º de Línea, rodeados por los cadáveres de los dragones rusos y sus monturas. En medio de una granizada de disparos, el edecán entregó la orden de retirada, pero el único oficial que quedaba vivo para recibirla, un comandante, se encogió de hombros afirmando que la retirada era imposible. En ese mismo instante apareció una nueva columna rusa a menos de cien metros. «No veo posible salvar al regimiento –dijo el comandante–, vuelva al emperador, despídase de él en nombre del 14.º de Línea, que ha cumplido fielmente sus órdenes, y llévele el águila que nos entregó y que nosotros no podemos seguir defendiendo». En este intercambio de frases, en un lenguaje digno de Macaulay, se resume la esencia misma de la leyenda de los ejércitos de Napoleón, que Marbot se encargó de consagrar para la posteridad junto con otros autores. Justo cuando se disponía a coger el águila del regimiento y romper el fuste, para poder transportarla con más facilidad, una bala de cañón rusa le atravesó el chacó. El traumatismo que le provocó fue tan severo que empezó a sangrar por la nariz y los oídos. Mientras la infantería enemiga avanzaba al asalto, los sentenciados soldados gritaban: «*Vive l'empereur!*». Varios franceses apoyaron sus espaldas en los flancos de Lisette, apiñándose tanto contra la yegua que Marbot no podía espolearla para escapar. Un sargento de intendencia cayó herido entre sus patas. Un

atacante, tan borracho como siempre describía Marbot que iban los rusos a la batalla, falló al intentar rematarle. Uno de los bayonetazos lo alcanzó en el brazo, mientras que el otro hirió a su montura en el flanco. El salvajismo de Lisette, hasta ahora dormido, se despertó y «se lanzó contra el ruso y, de un bocado, le arrancó la nariz, labios, cejas y toda la piel de su cara, haciendo de él la imagen misma de un muerto viviente, chorreando sangre». Entonces la yegua escapó de la melé, coceando y mordiendo a diestro y siniestro y llegó incluso a destripar a un oficial ruso. La bestia salió a galope tendido, sin detenerse hasta llegar al cementerio de Eylau, donde se desplomó a causa de la pérdida de sangre. El propio Marbot, aturrido por el dolor, cayó inconsciente y quedó atrapado debajo de una montaña de cadáveres y de nieve, incapaz de moverse. Se salvó por pura casualidad, gracias a que, al concluir la batalla, un criado de Augereau observó a un saqueador con una pelliza que reconoció como perteneciente al edecán del mariscal, y obligó al individuo a que le llevara al lugar donde la había encontrado. Tanto yegua como jinete sobrevivieron. Marbot escribió, irritable: «Hoy en día, cuando las promociones y condecoraciones se entregan con tanta ligereza, un oficial que desafiara al peligro como yo hice aquel día para llegar hasta donde estaba el 14.º Regimiento habría sido recompensado sin duda; pero bajo el Imperio, por un acto de devoción como ese no recibí la cruz [de la Legión de Honor], ni se me ocurrió pedirla». El pobre hombre estaba, desde luego, obsesionado con las medallas y los ascensos. Se sintió extraordinariamente satisfecho cuando finalmente recibió la cruz de manos de su emperador dos años más tarde, a los veintiséis años.

El mariscal Augereau quedó tan malherido en Eylau que pasaron años antes de que pudiera reincorporarse al servicio. Marbot se encontró temporalmente sin trabajo. Después de dos meses de convalecencia en París, fue agregado al cuartel general del mariscal Lannes, con el que sirvió en la batalla de Friedland en junio de 1807. Fue testigo de la entrevista entre Napoleón y el zar en Tilsit, y luego se le envió a Dresde con despachos del emperador. Allí, y un poco más tarde en París, saboreó brevemente las delicias de una bolsa llena de dinero, su estatus como uno de los favoritos del emperador y de los tiernos cuidados de su madre, a quien adoraba. La única otra mujer a la que se menciona brevemente en sus memorias y que fue objeto de su afecto es su esposa, con la que se casó en 1811. Muchos hombres como él están tan obsesionados con su carrera militar que perciben a las mujeres como simples objetos de placer durante los permisos y como madres de sus hijos cuando el deber permitía al oficial el tiempo suficiente como para pensar en materias tan irrelevantes como la procreación.

El año 1808 encontró al húsar enviado como parte del estado mayor del cuñado del emperador, el príncipe Murat, a España, donde Napoleón estaba decidido a derrocar a la monarquía reinante en favor de su propio candidato. Aunque Murat ambicionaba la corona española, tuvo que conformarse con el trono de Nápoles, mientras el de España se le entregaba al hermano mayor de Napoleón, José. Incluso el insensible Marbot, acuartelado en Madrid cuando los españoles se sublevaron contra el déspota francés y su ejército de ocupación, reconoció lo absurdo de la aventura española de Napoleón: «Esta guerra [...] me parecía inmoral, pero yo era un soldado, así que debía obedecer o ser acusado de cobardía». Le horrorizaba el salvajismo de las guerrillas españolas, que afectaba de forma especialmente dura a los edecanes, los cuales tenían que viajar con frecuencia y en solitario. En una ocasión, cuando llevaba unos despachos, se encontró el cadáver de un joven oficial de *chasseurs à cheval* clavado de pies y manos en la puerta de un establo, bajo el cual se había encendido una hoguera. El oficial todavía sangraba y Marbot también sufrió el ataque de los que le habían hecho aquello, fue herido en la refriega pero consiguió escapar. Marbot contaba con orgullo que los despachos fueron entregados a Napoleón por otro oficial, aún manchados por la sangre de nuestro héroe.

En la primavera de 1809, el ejército francés asediaba Zaragoza, tenazmente defendida por los españoles, que rechazaban un asalto tras otro. Marbot recibió la orden de encabezar un nuevo ataque, pero mientras reconocía el terreno notó como si le empujasen súbitamente hacia atrás y se desplomó como un tronco. Una bala española le había alcanzado junto al corazón y, aunque sobrevivió, la herida le siguió provocando fuertes dolores cuando montaba a caballo. Tras la caída de Zaragoza regresó a París en el séquito del mariscal Lannes, a quien también acompañaría en la nueva campaña alemana de Napoleón. En la batalla de Eckmühl, lo peor que le pasó fue que le mataran al caballo mientras lo montaba, pero unos días más tarde, el 23 de abril, de nuevo estuvo en peligro de muerte: durante el asalto a Ratisbona, Lannes estaba tan frustrado porque sus hombres eran incapaces de escalar los muros debido al intenso fuego austriaco, que cogió él mismo una escalera y exclamó: «¡Os voy a demostrar que antes de mariscal fui un granadero y que todavía lo sigo siendo!». Marbot le arrebató a la fuerza la escalera a su comandante y, junto con un camarada que sostenía el otro extremo, se lanzó contra las murallas. Aunque docenas de soldados franceses se unieron a ellos, Marbot y su compañero pudieron reclamar el honor de haber sido los primeros del contingente de Napoleón en escalar la muralla, además de lograr persuadir al oficial austriaco que defendía la puerta de que se rindiera.

El 7 de mayo, a orillas de un Danubio crecido, Napoleón mandó que llamaran a Marbot. Necesitaba un oficial que cruzase la corriente y capturase un prisionero. «Tenga en cuenta –le dijo el emperador–, que no estoy dándole una orden; solo estoy expresando un deseo. Soy consciente de que la empresa conlleva un gran peligro, y si usted rehúsa puede hacerlo sin temor a mi enfado». En este punto, según su propio relato, Marbot casi se consume en su engrimiento:

Estaba sudando de pavor, pero al mismo tiempo, un sentimiento [...] en el cual el amor a la gloria y a mi patria se mezclaban tal vez con un noble orgullo, elevaron mi ardor a su punto más alto, y me dije a mí mismo: «El Emperador tiene aquí un ejército de 150 000 devotos guerreros, además de 25 000 hombres de su guardia, todos elegidos entre los más valerosos. Está rodeado por sus edecanes y oficiales de ordenanza, y aun así cuando hay una misión en marcha, que requiere inteligencia a la par que audacia, es a mí a quien el Emperador y el mariscal Lannes escogen». «¡Iré, *sire!* –grité sin dudar–; iré; y si muero dejo a mi madre al cuidado de Su Majestad». El Emperador tiró de mi oreja para demostrar su satisfacción. El mariscal me dio la mano.

Este es uno de los pasajes más enternecedores de las memorias de Marbot, y que es inseparable de su época, del carácter de su nación y de su propia personalidad. Marbot consiguió cruzar el torrencial Danubio en una lancha tripulada por barqueros locales y capturó a tres soldados austriacos, a quienes hizo prisioneros, y regresó triunfante a la orilla francesa. Lannes le abrazó efusivamente, mientras que el emperador le invitó a almorzar con él, además de concederle su ansiado ascenso a comandante. Un par de semanas después, tras incontables aventuras en Essling y Aspern,* fue él mismo quien retiró del campo de batalla a Lannes, herido de muerte. El mismo Marbot estaba herido, ya que una bala de metrala le había arrancado un trozo de carne de su muslo, herida que había ignorado. Napoleón advirtió que el pantalón del comandante estaba empapado en sangre, y observó lacónicamente: «¡Parece que le toca a usted [ser herido] con bastante frecuencia!». Es una buena prueba de las limitaciones de las armas de la época que alguien como Marbot fuera herido en tantas ocasiones, pero que aun así sobreviviera para seguir combatiendo.

* N. del T.: Batalla de Aspern-Essling (21-22 de mayo de 1809).

En la batalla de Wagram, en julio de 1809, Marbot fue asignado al estado mayor del mariscal Masséna, con quien tuvo un grave encontronazo durante la acción. El caso es que los proyectiles de los cañones habían provocado que se incendiaran los trigales en sazón que cubrían buena parte del campo batalla, provocando un gran sufrimiento tanto a los hombres como los caballos que se veían obligados a combatir entre las llamas. La propia montura de Marbot había sufrido quemaduras y estaba exhausta; en ese momento, Masséna pidió un edecán para detener la retirada de una división que había sido desmoralizada por los ataques de la caballería austríaca y para que redirigiera a los fugitivos hacia la isla de Lőbau, en el Danubio. Por turno le tocaba al propio hijo de Masséna, Prosper, pero el mariscal no se atrevía a enviar a su hijo para que arriesgara su vida en medio de la carnicería, por lo que recurrió a Marbot. «Entiendes, amigo mío, por qué no mando a mi hijo, aunque es su turno; temo que lo maten. ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes?». Marbot, asqueado, aseguraba que había respondido: «Mariscal, tenía la impresión de que iba a partir en el cumplimiento de mi deber; lamento que haya corregido mi error, porque ahora entiendo perfectamente que, estando obligado a poner en peligro de muerte a uno de sus ayudantes de campo, usted prefiere que sea yo a que sea su hijo». Partió al galope atravesando la mortífera llanura, solo para darse cuenta unos pocos minutos después que Prosper Masséna, avergonzado por el comportamiento de su padre, le había seguido. Los dos jóvenes se hicieron amigos, pero el mariscal nunca volvió a usar el familiar «tú» para dirigirse a Marbot.

Unos pocos días más tarde, en Znaim, los ejércitos rivales se estaban desplegando para la batalla una vez más cuando se acordó el armisticio entre franceses y austriacos. Marbot estaba entre el grupo de edecanes que se envió rápidamente para que se interpusiera entre los combatientes. Galopó frente a los infantes que ya habían empezado a avanzar, algunos de los cuales ya empezaban a gritar «*Vive l'empereur!*» según se aproximaban a las líneas austríacas, separadas por apenas un centenar de pasos. Una bala alcanzó la muñeca del edecán y le infligió una herida que le supuso tener que llevar el brazo en cabestrillo durante seis meses. Siguió adelante, gritando «¡Paz! ¡Paz!» y agitando su brazo intacto para frenar el avance francés. Un oficial austriaco que intentaba transmitir el mismo mensaje poniéndose delante de sus filas recibió un disparo en el hombro antes de que él y Marbot consiguieran reunirse y abrazarse, un gesto inconfundible para ambos bandos.

Tras unos meses convaleciendo de su herida, en abril de 1810 partió de la casa de su madre en París hacia España, con la misión de preparar la

llegada de Masséna, que iba a ponerse al mando del ejército francés en la Península. El viaje del comandante estuvo acompañado por fiebres y por un encontronazo con las guerrillas españolas. Algunas de las historias más vívidas, a la par que llenas de absurdos prejuicios, acerca de la experiencia francesa en España que recoge en sus memorias datan de este periodo de su servicio a las órdenes de Masséna. Así, nos cuenta las acciones e innumerables escaramuzas de un tal «Mariscal Puchero», un francés que se había puesto al frente de una banda de desertores franceses, portugueses, españoles e ingleses, que vivían como bandidos hasta que Masséna los aplastó. Exagera la cifra de bajas sufridas por los ingleses en cada acción. Critica a Masséna por su fracaso a la hora de anticipar y frustrar la retirada de Wellington tras las líneas de Torres Vedras –y por la estupidez de hacerse acompañar por su amante, durante la campaña–. Una de las mejores historias con las que nos obsequia Marbot, tanto si creemos que es cierta como falsa, es la que se refiere a su duelo con un oficial británico de caballería ligera, quien habría cabalgado desde las líneas de Wellington una mañana de marzo de 1811 para retarle: «¡Deténgase, señor francés! ¡Me gustaría tener una breve charla con usted!». Marbot afirma haber tratado esta sandez con el desprecio que se merecía hasta que el hombre gritó: «Compruebo por su uniforme que está usted destinado en el estado mayor de un mariscal, así que escribiré a los periódicos de Londres que tan solo verme fue suficiente para asustar a uno de los cobardes edecanes de Masséna o de Ney». Esto despertó la furia de nuestro héroe. Se giró y cargó contra el oficial británico, solo para escuchar crujidos de hojarasca desde un bosque cercano y ver cómo dos húsares ingleses galopaban para cortar su retirada. «Únicamente la más enérgica defensa podía salvarme de la desgracia de caer prisionero, por mi propia culpa, a la vista de todo el Ejército francés».

Atacó rápidamente al oficial inglés, atravesándole la garganta: «El desdichado se cayó de su caballo, retorciéndose agónicamente en el suelo». Sin embargo, mientras tanto los dos húsares le golpeaban con sus sables, haciéndole pedazos su chacó, la pelliza y la valija. Una estocada del mayor de los dos soldados consiguió penetrar cinco centímetros en el costado del francés. Marbot contraatacó con un tajo que atravesó la mandíbula del jinete, rajándole la boca de lado a lado, lo que cortó en seco su grito de agonía y le obligó a retirarse. El soldado inglés más joven dudó por un instante antes de darse también a la fuga, pero recibió una estocada en el hombro que le hizo escapar más rápido aún. Marbot cabalgó triunfante de vuelta a las líneas francesas y recibió las felicitaciones de Masséna y Ney, junto con las alabanzas del ejército. En cuanto al precio: «La herida de mi mejilla no era importante; en un mes se había curado y apenas se podía notar la cic-

triz junto a mi patilla izquierda. Pero la estocada en mi costado izquierdo era peligrosa, especialmente en medio de una larga retirada, en la que tuve que viajar todo el rato a caballo [...]. Este, hijos míos, fue el resultado de mi combate o, si lo preferís, mi inocentada en Miranda do Corvo. Vosotros podéis ver el chacó que llevaba aquel día, y las numerosas muescas con las que lo adornaron los sables ingleses demuestran que los dos húsares no me dejaron irme de rositas. También me traje de vuelta la valija, cuya bandolera recibió cortes en tres sitios distintos, pero la extravié». La narración del propio Marbot es inimitable. Era un guerrero hecho de la misma pasta que los caballeros europeos del siglo XIV, hombres para los que combatir era tanto placer como negocio. Como a ellos, otras actividades más tranquilas o virtudes menos violentas les resultaban irrelevantes, lo que hacía que los mojigatos –y no es que hubiera escasez de estos– los considerasen una amenaza para la civilización por considerar que la paz era un anatema. El comandante regresó a Francia en julio de 1811, después de que Napoleón destituyese a Masséna por su fracaso en la península ibérica. Marbot pensaba que la caída de Napoleón fue provocada por no haber finiquitado la guerra en España antes de atacar a Rusia. También reconocía la calidad y puntería de la infantería británica, incluso aunque nunca creyera que Wellington era un gran general.

Marbot pasó el verano y el otoño en París. Por entonces contrajo matrimonio con una tal señorita Desbrières, a la que apenas dedica unas líneas y de cuya personalidad o aspecto sabemos menos que acerca de sus monturas favoritas, y fue ascendido a primer comandante –desde su punto de vista el oficial al cargo, debido a la edad y los achaques de su coronel jefe efectivo– del 23.^{er} Regimiento de *Chasseurs*, un regimiento de caballería ligera. En junio de 1812 cruzó el Niemen al mando del 23.^{er} –de cuyo arrojo se sentía tremendamente orgulloso–, que estaba encuadrado en el cuerpo de ejército de Oudinot, a quien despreciaba por su incompetencia, formando parte de la *Grande Armée*. Durante las semanas que siguieron al cruce del río, Marbot lideró a su regimiento en un combate tras otro, hasta que a finales de julio fue herido de un balazo en el hombro durante un choque contra la infantería rusa. Si no hubiera ansiado tanto su ascenso a coronel, Marbot habría aceptado que lo evacuasen, pero sabía que Napoleón nunca ascendía a un hombre que no estuviera presente en el campo de batalla, por lo que continuó al frente de su regimiento a pesar del dolor que le producía su herida, que era tan intenso que durante un combate en Polotsk dos semanas después fue incapaz de desenvainar la espada. El 23.^{er} de *Chasseurs* se quedó en Polotsk junto con el cuerpo de Gouvion-Saint-Cyr durante los dos meses

siguientes, mientras el resto de la *Grande Armée* avanzaba hacia Moscú y el desastre. El 15 de noviembre, Marbot recibió la confirmación de su ascenso a coronel en un despacho que incluía una nota autógrafa de Napoleón: «Estoy pagando una vieja deuda».

Marbot describe con orgullo su ingenio a la hora de equipar a su propio regimiento, de modo que cuando recibió la orden de reunirse con la *Grande Armée* al principio de la retirada de Moscú, estaba lo mejor preparado posible para cumplir su misión. Se había asegurado de que sus hombres tuviesen ropa de invierno, que los que habían perdido sus monturas fueran enviados de vuelta a Alemania para que no fueran una carga inútil para el regimiento, que se formase una yeguada regimental para la remonta y que se confiscasen molinos manuales de modo que sus hombres no pasaran hambre por falta de harina, como sucedió en otras unidades.

A finales de noviembre, los *chasseurs* se vieron envueltos en la terrible batalla del cruce del Berézina, en la que murieron tantos franceses. El 2 de diciembre, con 25 grados bajo cero, Marbot fue herido de un lanzazo en la rodilla en una refriega contra fuerzas cosacas, cuando intentaba apartar el arma de su oponente y alcanzarle con su sable. El combate, como podemos observar por esta historia, era tan sangriento y cercano como en cualquier otra época anterior. Justo después de ser herido, el francés notó un fogueo: un cosaco había disparado una pistola de doble cañón a bocajarro, «traicioneramente»; una de las balas atravesó el capote del coronel mientras que la otra mató a un oficial francés. Marbot se revolvió furiosamente hacia el ruso, mientras este le apuntaba con una segunda pistola. El hombre de repente gritó en buen francés: «¡Oh, Dios! ¡Veo la muerte en sus ojos! ¡Veo la muerte en sus ojos!». Marbot respondió furioso: «¡Ah, canalla, desde luego que la ves!».

Este tipo de diálogos en medio de un combate son menos improbables de lo que podría parecer, ya que en la época era frecuente que incluso entre los enemigos de Napoleón se hablara un francés aceptable. El ruso cayó ante su sable. Marbot se volvió hacia otro enemigo, un joven soldado, y estaba levantando su arma para atacar cuando un viejo cosaco se lanzó sobre el cuello del caballo del francés y le suplicó: «¡Por el amor de su madre, perdónele, no ha hecho nada!». Marbot aseguró que, al oír invocada a su reverenciada madre, pensó que oía su voz gritando «*Pardon! Pardon!*» y detuvo su mano, bajando la espada.

Marbot salió de Rusia sufriendo terribles dolores por su herida, con carámbanos de hielo colgando del bocado de su caballo y la mayor parte de sus jinetes desmontados, por la muerte de hambre de sus monturas, mientras que los heridos más graves iban en trineos arrastrados

por sus camaradas. Sin embargo, a pesar de todo, su regimiento estaba infinitamente en mejor estado que otros muchos del ejército; de los 1048 hombres que habían cruzado el Niemen unos meses antes, regresaron 698. Es cierto que el 23.^{er} no había estado presente en el peor tramo de la campaña, pero aun así era un logro lo bastante impresionante para que Napoleón felicitase a Marbot personalmente.

Hasta junio de 1813 el coronel estuvo destinado en el depósito regimental en Mons, entrenando reemplazos antes de volver a asumir el mando de los escuadrones en servicio activo en el Óder. El momento culminante de su servicio en Leipzig fue un intento de flanquear y capturar al zar de Rusia y al rey de Prusia mientras reconocían las posiciones francesas el 13 de octubre, antes de que empezase la batalla. Marbot casi había completado la maniobra para cortar la retirada al rutilante séquito de sus majestades cuando un descuidado soldado dejó caer su carabina, que se disparó, traicionando la presencia de los *chasseurs*. Advertidos del peligro, los jefes enemigos y sus estados mayores dieron rápidamente la vuelta y huyeron a galope tendido. Más adelante el coronel se lamentó de que si tan solo su estratagema hubiera tenido éxito, «habría cambiado el destino de Europa», pero lo único que pudo hacer fue retirarse con sus hombres hacia las líneas francesas y compartir el destino del ejército: una derrota decisiva. Paradójicamente, el mismo Marbot fue herido por una flecha en el muslo, disparada por uno de los jinetes basquires que luchaban en el ejército ruso.

Marbot combatió junto con su regimiento en las amargas batallas que siguieron al desastre de Leipzig. Así, por ejemplo, en Hanau el regimiento cargó cinco veces. Durante la retirada del ejército francés en pleno colapso su unidad siguió peleando en feroces acciones de retaguardia. En el invierno de 1814, de vuelta en su depósito regimental en Bélgica, que Napoleón había anexionado al territorio francés, Marbot advirtió que la población local se mostraba cada vez más hostil y distante. Libró una de sus últimas escaramuzas en la misma Mons contra cosacos prusianos.*

Tras la primera abdicación de Napoleón, Marbot sirvió en el ejército borbónico como coronel del 7.º de Húsares. Inevitablemente, cuando su ídolo volvió de Elba, condujo a su regimiento a unirse a las banderas del emperador. En los optimistas días de abril de 1815, creyó por un momento que existía la posibilidad de que los ingleses, y con ellos el resto

* N. del T.: En realidad, Marbot cuenta que eran bandas de merodeadores, sobre todo prusianos, que se hacían pasar por cosacos.

de Europa, aceptasen pacíficamente la restauración de Napoleón, pero pronto los acontecimientos se encargarían de desengañarle. El 17 de junio, después de la acción de Quatre Bras, Marbot fue ascendido a general de brigada, aunque su ascenso nunca llegó a hacerse efectivo. Durante la mayor parte de la batalla de Waterloo su regimiento estuvo desplegado en el flanco derecho, mientras un impaciente y frustrado Marbot esperaba poder informar a Napoleón de la llegada de Grouchy con su cuerpo de ejército, el cual se esperaba que apareciera de un momento a otro.

«No logro asumir nuestra derrota —escribió en una carta poco después—. Nos hicieron maniobrar de un lado a otro como si fuéramos un cargamento de calabazas». Marbot envió piquetes en descubierta en busca de Grouchy pero, en vez de toparse con sus fuerzas, pronto se vieron enzarzados en escaramuzas con la vanguardia de Blücher en el camino de Wavre. Marbot envió mensajeros a Napoleón para informarle de la presencia de las fuertes columnas prusianas que se encaminaban hacia Mont-Saint-Jean, pero le respondieron que se equivocaba y que estaba confundiendo a los regimientos de Grouchy con prusianos. El puñado de jinetes de Marbot fue inexorablemente empujado hacia un Ejército Imperial en pleno colapso, de modo que pronto se vio recibiendo las atenciones del ala izquierda británica. El coronel del 7.º de Húsares fue herido nuevamente de un lanzazo en el pecho. Más adelante escribió: «[La herida] es bastante severa, pero pienso que debería permanecer en mi puesto para dar buen ejemplo. Si todos hicieran lo mismo, todavía podríamos seguir [...]. No nos han enviado comida, y por tanto los soldados se dedican a saquear nuestra pobre Francia como si estuvieran en Rusia. Estoy con las avanzadillas, a las afueras de Laon; nos han hecho prometer que no abramos fuego, y todo está en calma». Para Marbot, el exilio definitivo de Napoleón en Santa Elena significó la desesperación y la ruina política. Él mismo, uno más entre los muchos que habían traicionado a los Borbones, se vio obligado a abandonar Francia y exiliarse en Alemania durante tres años.

Hasta el final de sus días, el orgulloso veterano usó su pluma para defender a su amado emperador y a los soldados del Ejército Imperial contra toda crítica de su estrategia o tácticas, y a conmemorar su caballería y coraje. Napoleón leyó una de las obras de Marbot en el último año de su vida en Santa Elena. En agradecimiento, añadió a su testamento un legado de 100 000 francos para su antiguo oficial, escribiendo: «Invito al coronel Marbot a continuar escribiendo en defensa de las glorias de los ejércitos franceses, y para desconcierto de calumniadores y apóstatas». Y así lo hizo el coronel. A su regreso del exilio volvió a servir como soldado, asumiendo el mando del 8.º de *Chasseurs* en 1829. Sirvió como edecán

del duque de Orléans al año siguiente, y a la edad de casi sesenta años fue herido otra vez, cuando ya era general, durante la expedición de Médéah, en Argelia, cuando recibió un balazo en la rodilla izquierda. Mientras le evacuaban a retaguardia, le dijo al duque sonriendo: «Es culpa suya, señor». El duque preguntó: «¿Y cómo es eso?». Marbot respondió: «¿Acaso no le oí decir, antes de que comenzara el combate, que, si alguien de su estado mayor resultaba herido, podía apostar que sería Marbot?». Se retiró definitivamente en 1848 y falleció en 1854.

Pocos guerreros en toda la historia han tomado parte en tantas de las principales batallas de su época como Marbot. Incluso si aceptamos que buena parte de sus historias son producto una cierta extravagancia francesa, su coraje parece tan extraordinario como su capacidad para sobrevivir. Participó en cincuenta hechos de armas que, en las guerras del siglo XX, le hubieran valido las condecoraciones más elevadas, aunque lo más sorprendente es que sobreviviera para contarlos. Sus méritos militares podrían ser descritos como los de un chiflado con suerte, del tipo que todo ejército necesita en pequeñas dosis para derrotar a sus adversarios, y de los que los ejércitos de Napoleón disponían en cantidades exageradas. Un siglo más tarde, el mariscal Lyautey afirmó que el optimismo es la principal cualidad de un soldado y Marbot lo tenía a espaldas. No ejerció cargos de suficiente responsabilidad como para ocupar mucho espacio en las historias de la época, pero a cambio contamos con unas memorias que hacen de él un individuo muy accesible para la posteridad. Sin ellas, no sería más que una nota a pie de página, un mostacho y una pelliza más entre las muchas que rodearon al tirano de Francia en sus guerras de conquista. En cambio, Marbot compuso uno de los retratos más humanos e interesantes de la vida de un oficial de Napoleón, y si bien no podemos reprimir una cierta hilaridad ante su increíble arrogancia, tampoco es posible negar la admiración que despierta su insaciable apetito por la gloria. Marbot, y otros como él, vieron las guerras que asolaron Europa durante sus vidas solo como una oportunidad para vivir aventuras extraordinarias.

EDICIONES

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



**Sensacional e iluminadora colección de vidas de
extraordinarios soldados contadas con sus luces y
muchas sombras por un maestro de la historia militar.
Un placer y una revelación cada una de sus páginas.
Imprescindible. ¡Tres hurras por Max Hastings!**

Jacinto Antón, *El País*

El eminente historiador militar *sir* Max Hastings escoge en este estimulante e inspirador relato las vidas de quince «guerreros» de diferente extracción social y nacionalidad de los últimos tres siglos, desde las Guerras Napoleónicas a los Altos del Golán, pasando por las guerras mundiales o Vietnam, seleccionados por su coraje o su extraordinaria experiencia bélica.

Soldados icónicos como el general y escritor napoleónico barón Marcellin de Marbot; *sir* Harry Smith, cuya esposa española, Juana, se convirtió en su compañera militar en más de una campaña; el teniente John Chard, un modesto ingeniero convertido en el héroe insospechado de Rorke's Drift durante la guerra anglo-zulú; o el jefe de escuadrón Guy Gibson, piloto cuyo heroísmo en los cielos de la Segunda Guerra Mundial le granjeó la admiración de su nación, pero pocos amigos.

Para imponerse en el campo de batalla, cualquier ejército necesita individuos capaces de mostrar un coraje por encima de lo común, pero... ¿qué es lo común en la guerra? En *Guerreros*, Max Hastings trata de dar respuesta a esa pregunta y explicar cómo esa percepción ha cambiado a lo largo del tiempo. Sin dejar de honrar hechos de una bravura extraordinaria, se pregunta qué hay detrás de las condecoraciones al valor y por qué estos prominentes guerreros rara vez dan la talla como líderes.

ISBN: 978-84-121053-3-9



9 788412 105339

P.V.P.: 25,95 €

**OTROS
TÍTULOS**